

# Veinticinco años de ensayo en Galicia

CARLOS GARCÍA

El ensayo se distingue tanto del periodismo, ajeno en general a las fuentes escritas, como de la investigación académico-disciplinar, más preocupada por discurrir por cauces ya construídos que por intentar que el decir construya su propio cauce. Ello no significa que el ensayista deba borrar lo ya dicho y pensado —como si fuese posible desde una imposible originalidad asistir por primera vez al nacimiento del mundo—, pero tampoco que deba esclavizarse al dato aprendido. La memoria es la lealtad del saber, su materia y su fuente, pero en todo ensayo habita el olvido, y en todo ensayista, un amnésico. Sólo cuando los datos son incorporados al personal metabolismo de la memoria puede lo ajeno convertirse en propio. Sólo perdiéndose en la propia geografía del recuerdo puede el recuerdo convertirse en ideas y no en una simple reproducción de lo por otros dicho y sabido. Porque la memoria tiene su propia vida, y vivir, ya lo sabemos, es recordar sólo lo necesario para vivir, nunca un libro o un archivo pueden reemplazar a la olvidadiza biología del recuerdo. Los archivos custodian el recuerdo porque el recuerdo ya se encargó (contra el exceso, contra el defecto, contra la muerte) de custodiarse a sí mismo. Antes de que aparezcan por escrito, de que los archivos las conserven y de que la escritura las regle, las ideas ya hicieron su trabajo.

Que las ideas posean vida y socialidad propias y conversen libres entre sí en el desván de la memoria no implica que el intento de ponerlas por escrito esté exento de “rigor”. Pero el rigor del ensayo lo es con la cosa, no con la fuente o, más exactamente, lo es con la fuente en la medida en que la fuente es verdaderamente fuente, y ello se comprueba interrogándola. Pudo el poeta decir “yo al pan no le pido explicaciones”, “olvidándose” de que el pan se cuece en el horno. Debe el ensayista beber, para no morir de sed; debe también, para no contaminarse, analizar las fuentes que lo alimentan; quizás su tarea consista —y ello lo emparente con la poesía, por un lado, y con la ciencia, por el otro— en algo tan imposible como agradecer el agua que bebe y, *además*, en pedirle explicaciones; puede incluso que el tan manido carácter “inacabado” del ensayo provenga de esa imposibilidad. Pero las explicaciones las pide él, no sus fuentes. El es quien

habla e interroga, y lo hace en presente y de modo indicativo. Un ensayo es un *yo digo*, un *yo recuerdo* y un *yo olvido*. Decir, memoria y olvido que lo acercan a la literatura y lo alejan del tono especular característico de mucha investigación disciplinar de nuestros días.

G. Steiner ha caracterizado la arquitectura intelectual de nuestra época como “ciudad secundaria”. El adjetivo apunta, en negativo, a una primariedad, la primariedad de la autoría, que tiende a ser sepultada bajo el peso abrumador de una investigación académica casi siempre motivada por la necesidad de construirse una biografía curricular al talle del modelo epistémico dominante en la disciplina del caso, lo que confiere a los trabajos de investigación ese inconfundible aire de familia que, sin embargo, los ensayos entre sí no tienen. La constricción paradigmático-curricular, inevitable y a menudo positiva, surte además otros efectos. Siendo el repertorio de temas finito y la necesidad curricular apremiante, la investigación camina en ocasiones por la senda de la acumulación secundaria de datos y de la futilidad. El colmo se alcanza, en el límite del sometimiento, cuando se es incluso capaz —y no lo decimos de broma— de convertir el steineriano concepto de secundariedad en único y terciario tema de cuaternaria tesis doctoral

El destino del ensayo, su precaria situación entre el periodismo y la investigación, es el destino de un saber cada vez más complejo, homogéneo e inabarcable. Si Montaigne pudo hablar libremente de lo humano y lo divino no fue sólo por atrevimiento. Diversidad y libertad eran entonces posibles porque la disciplinariedad estaba naciendo, y ello fue, sin duda, una condición del progreso del saber. Los límites interdisciplinarios eran entonces difusos, cuando no inexistentes, lo que permitía un tránsito fluido de un enfoque a otro sin más “disciplina” que lo que la estructura de la cosa misma exigía. Cuando la disciplinariedad deja de ser condición de progreso sectorial y pasa a convertirse en la estructura misma de un saber que se quiere a sí mismo lleno de fronteras, las disciplinas ya no se definen en relación a la realidad que teóricamente debían dar cuenta, sino en relación a sí mismas y a sus propias y endógenas necesidades de expansión. En esa situación, todo aquello que se aparte de lo previa, regional y muchas veces burocráticamente autodefinido como “valioso” cae bajo sospecha. La toma de conciencia de la pobreza teórica a la que conduce una visión estrechamente disciplinar en aquellos ámbitos que por su propia naturaleza exigen un tratamiento global, ha llevado a plantear lo disciplinar como interdisciplinar. El resultado es, en demasiadas ocasiones, una simple yuxtaposición de enfoques disciplinares que nada añaden, sino fronteras, a la comprensión de aquellos temas de imposible reclusión en los límites de un saber particular.

No es nuestra intención descalificar la investigación disciplinar, pues hacerlo equivaldría a descalificar la forma dominante del saber posible. Por no negar, ni siquiera estamos negando la posibilidad de que lo disciplinar sea al mismo tiempo intento libre, *ensayo* : toda auténtica interpretación *añade* algo, y el saber moderno, disciplinar o no, trabaja siempre sobre lo ya pensado. Pero si una obra disciplinar puede ser también ensayo —y toda auténtica obra de

investigación lo es— lo será en la medida en que ese incremento lo ponga en Yo que ilumine los datos y el resultado sea algo escrito para quien quiera y pueda leerlo, no para satisfacer las anónimas y burocráticas exigencias de lo que en cada momento del “progreso” disciplinar se entiende por saber y lector normalizado. La ausencia de ese consenso impersonal sobre lo que debe ser valioso y lo que no (la ausencia de paradigmas sancionados por la comunidad científica) explica sin duda las carencias del ensayismo gallego de los primeros setenta años de nuestro siglo; también explica muchas de sus virtudes<sup>1</sup>.

El ensayismo gallego contemporáneo se encuentra marcado desde sus orígenes por su ubicación adisciplinar. Ni uno sólo de los fundadores de la *Generación Nós* limitó sus actividades intelectuales a lo que su formación académica le “permitía”. Castelao, médico de profesión, fue un magnífico dibujante y un escritor de talento; Vicente Risco, profesor de la escuela de Magisterio de Ourense, escribió de todo, al igual que Ramón Otero Pedrayo, geógrafo de formación y autor de algunas de las novelas más importantes de la historia de la literatura gallega. Si esto sucede con la *Generación Nós*, lo mismo se puede decir de la segunda generación del ensayismo gallego, la *Generación Galaxia*, surgida en los años cincuenta alrededor de la editorial que la nombra. Ni Ramón Piñeiro ni Celestino Fernández de la Vega eran filósofos “profesionales” y, sin embargo, escribieron buen ensayo filosófico. La profesión médica de Domingo García Sabell no le impidió escribir excelentes páginas sobre Joyce o la pintura del Bosco.

La procedencia e instalación de los hombres de *Nós* en una cultura no disciplinar no representó un obstáculo para fundar el ensayo como género; tampoco para convertirlo en el vehículo más adecuado de la primera fundamentación del nacionalismo gallego. Y no podía ser de otro modo, dado el objeto hacia el que dirigían su reflexión: “nación” apunta a un todo, entre la comunidad y la asociación, que repugna, por su propia naturaleza, un tratamiento sectorial o disciplinar. Es posible describir regionalmente la economía o la literatura nacionales, y aún dentro de esta distinguir, por ejemplo, entre novela, poesía y ensayo; no lo es determinar el propio ser nacional en el que esos ámbitos se constituyen como tales, esto es, como “ámbitos” y como “nacionales”. La pretensión expresa de dar cuenta de la nación como totalidad explica el recurso al ensayo por parte de los fundadores del nacionalismo gallego; su procedencia de una cultura no disciplinar, que en otro contexto podía ser una carencia, se convirtió en este caso en una ventaja. Se ha escrito con acierto que “para todos ellos un buen mito fundacional o una epopeya nacional convincente valen más que cien tesis doctorales”. Es dudoso, sin embargo, que cien

---

<sup>1</sup> Para no reducir estas líneas a una simple enumeración, buscaremos elementos que permitan contemplar el ensayo gallego desde temas recurrentes o núcleos de inteligibilidad, es decir, construiremos una historia. *Una*, porque, obviamente, cabrían otras; *historia*, porque tiene un principio, un desarrollo y un final; *construida*, porque, como en toda historia, se estilizan ciertos rasgos y personajes en perjuicio de otros. Que esta historia sea construida no quiere decir que es arbitraria, pues, como todo relato, está determinada por el punto de vista del autor. Los protagonistas podrían ser otros, pero entonces el autor también lo sería.

tesis doctorales —aunque entonces las hubiese, y fueran buenas— pudiesen contribuir decisivamente a aquella fundación.

El ensayismo gallego contemporáneo nace con la clara vocación de legitimar la idea de nación acuñada por los fundadores del nacionalismo gallego. La mayor parte de los buenos ensayos gallegos de la primera mitad de siglo y muchos de los que les siguieron responden, de un modo u otro, a la necesidad de delimitar lo que en cada momento se entendió como “diferencial”. Así, casi toda la obra ensayística de Castelao, Risco y Otero Pedrayo; así también, las reflexiones de Piñeiro y Fernández de la Vega sobre la “saudade”; de igual manera —y aquí comienza a modificarse la tendencia—, *Un estudio sobre el atraso económico de Galicia* (1972), de X. Manuel Beiras, ensayo que posicionó, a favor y en contra, a más de una generación de antifranquistas.

Si el ensayo gallego contemporáneo ha sido indisociable de la nación que pretende describir, su evolución ha dependido de las distintas ideas de nación manejadas por las grandes generaciones del galleguismo y del ensayo en Galicia. En cuanto fundadores del nacionalismo gallego —y lo que viene es una simplificación necesaria— los hombres de *Nós* se hallaban más interesados en mostrar las diferencias de Galicia que sus semejanzas. De ahí su tendencia a entender la nación como una totalidad espiritual que anima cada una de las manifestaciones de la cultura de un pueblo. Los hombres de *Galaxia* insistían más en las semejanzas que en las diferencias. Apremiados por la urgencia de vincular los destinos de Galicia con los de la Europa democrática su visión del país no podía subrayar los elementos diferenciales, sino al contrario. Sólo mostrando lo común con Europa cabía desmarcar a Galicia del aislamiento cultural a la que estaba sometida por la dictadura militar. Consecuentemente, el rasgo distintivo del hombre gallego ya no se localiza en la nación como totalidad, sino en un aspecto de ese todo que siendo diferencial no es exclusivo y que, en su visión, podría relacionar la cultura gallega con algunos de los motivos centrales del pensamiento europeo del momento. El distintivo del hombre gallego radica para Piñeiro, de la Vega, Rof Carballo y García Sabell, en la *saudade*, palabra a veces traducida por “nostalgia”, que de la Vega identifica con la “angustia” heideggeriana y Piñeiro, más diferencialista, con un “sentimiento puro” presente en otros lugares de Europa pero dotado en Galicia de una peculiar intensidad. “La censura es la madre de la metáfora”, dice Borges, excesivo. La *saudade* es, en el ensayismo gallego de postguerra, la metáfora de Galicia.

La llegada de la democracia marca el comienzo de una nueva época cultural para Galicia y para el ensayo. Si este había nacido como vehículo más adecuado para la legitimación nacionalista, y había continuado como forma de escritura en la que subyacía la necesidad de homologación con la Europa democrática, parece claro que al conquistar la democracia y un reconocimiento (suficiente para algunos, insuficiente para otros) de los derechos políticos de Galicia, sus temas y pretensiones debían variar. Si a esto le añadimos que la cultura gallega adquiere un valor académico, el ensayo comienza a desprenderse de su tradicional vinculación con la fundamentación nacionalista, aunque

algunos de sus temas sigan siendo Galicia y lo gallego. El resultado es una cierta crisis de identidad de la que todavía no ha conseguido salir plenamente, y cuando pretende hacerlo, lo hace generalmente hacia el lado de la investigación académica, aunque sólo sea porque sus escasos cultivadores se han formado en las exigencias de la cultura disciplinar. Pero este no es un problema exclusivo de la literatura gallega.

Tres líneas se pueden percibir en el ensayo gallego actual. La primera continúa de un modo u otro la tendencia fundamentadora del ensayismo tradicional, y está dibujada por autores que consideran inconclusa la tarea de fundamentar una idea de nación. La segunda sigue tomando Galicia y lo gallego como tema, pero desde una perspectiva a la que podríamos llamar desfundamentadora de una idea “esencialista” de nación. La tercera considera que la nación no es un problema o escribe como si no lo fuera. De ahí su preferencia por temas no exclusivamente gallegos.

Es imposible referirse al ensayo en Galicia sin citar *El atraso económico de Galicia.*, de X. Manuel Beiras. Escrito desde el marxismo, constituye el primer intento de conciliar internacionalismo marxista y nacionalismo en un diagnóstico de la situación económica de Galicia como “colonialismo interior”. El desequilibrio económico de Galicia respecto del resto de España no es imputable para Beiras a la simple desidia de sus gobernantes. La expoliación de mano de obra y materia primas ponen a Galicia en una situación estructuralmente similar a la del colonialismo tradicional. *El atraso económico de Galicia* contiene aún elementos del ensayismo tradicional, mezclados con los nuevos rasgos que ahora aparecen. En tanto su pretensión es legitimar teóricamente una cierta idea de nación y nacionalismo, se halla todavía en la línea del ensayo de la primera mitad del siglo, pero en tanto su punto de partida es ya disciplinar, inaugura las tendencias más recientes.

Otro de los importantes ensayos que abren una nueva época es el *Informe—dramático— sobre la lengua gallega* (1973), de X. Alonso Montero, polémico estudio sobre el presente y futuro de la lengua en unos años que no invitaban precisamente al optimismo; escrito desde la sociolingüística —y desde una determinada idea de lo que Galicia era y debía ser— fue capaz de interesar a muchos gallegos ajenos en principio a la filología. En *Conflicto lingüístico e ideoloxía na Galiza* (1976), F. Rodríguez muestra el fondo diglósico o desequilibrado de la relación gallego-castellano, asimetría que, a su entender, debe romperse con un cambio social que instale el gallego como lengua de cultura. De *Pondal a Novoneyra* (1984), de X. L. Méndez Ferrín propone un nuevo modo de entender la poesía gallega del siglo XX desde la propia historia de Galicia y de su literatura, no reducibles al canon interpretativo marcado por la historia de la literatura española. A pesar de su enfoque excesivamente taxonómico y disciplinar, *De Pondal a Novoneyra* puede considerarse un ensayo de interpretación, quizás porque Ferrín antes que profesor es un excelente escritor, quizás también porque la literatura no constituye propiamente un sector, sino más bien el ámbito global que permite distinguir sectores, llamense “géneros”, subgéneros” o teorías literarias que los expliquen. Desde una pers-

pectiva disciplinar, la antropología cultural, los escritos de M. Gondar constituyen buenos ejemplos de como se puede compaginar rigor investigador y pretensión ilustradora. Su línea argumental, especialmente en *Crítica da razón galega* (1993), es mostrar las ventajas funcionales de ciertos rasgos del mundo tradicional frente al desarraigo y abstracción de la cultura urbana moderna. En una posición parecida se inscriben algunos ensayos de Xosé Chao Rego.

La segunda de las tendencias mencionadas tiene como elemento común su carácter disciplinar y su intención racionalizadora, incluso desfundamentadora de una idea “dura” de nación. Si la línea comenzada por Beiras se inscribe aún —o por lo menos no pone en cuestión— en lo que algunos llamarían tradición “mítica” y “esencialista” de Galicia (identidad de sentido inicial que daría paso a una caída en la historia...de España), la característica más destacable de la que ahora nos ocupa es su tratamiento desmitificador del nacionalismo. Ello la sitúa en una línea de crítica del mito cuya luz no consigue, sin embargo, alumbrar el característico prejuicio consistente en creer posible un saber libre de prejuicios. “La sabiduría originaria no es más que la otra cara de la ‘estupidez originaria’”, sentencia Gadamer, mostrando la raíz común a romanticismo e ilustración. La nada originaria (el prejuicio de la mitocrítica) es el reverso igualmente mítico de la identidad originaria, se podría objetar en este caso. Así los trabajos de Ramón Maíz, preocupado por demostrar que los elementos tradicionalmente atribuidos al concepto de “nación” no serían nada... Nada más que construcciones históricas autolegitimantes de lo que en cada momento las elites político-culturales entienden por “nación” y “nacionalismo”. Así también los trabajos de X. Carlos Bermejo, tanto más interesantes cuanto más aplica el escalpelo iluminista a los prejuicios subyacentes a toda historiación, no sólo a la nacionalista. De igual modo, pero con menos pretensiones epistemologizantes, los valiosos escritos de J. G. Beramendi sobre los fundadores del nacionalismo gallego.

Bien porque sus autores consideren que la fundamentación nacionalista no constituye problema o simplemente por pensar que el ensayo no se debe limitar a Galicia y lo gallego, la tercera de las tendencias señaladas alcanza una mayor variedad temática. Dentro de lo que podríamos calificar de ensayo puro, liberado por igual de la coacción disciplinar y de la pretensión fundamentadora, se encuentra lo más reciente de Antón Bahamonde. En la línea de una autoría abrumada a veces por el peso de la cita de autoridad, la teología tiene en A. Torres Queiruga un singular y valioso representante. El objetivo de su *A revelación de Deus na realización do home* (1985) es demostrar que es posible una integración de lo empírico incomprensible, la revelación, en un modelo de razón que ya no sería exactamente la razón ilustrada. En el capítulo “biografías” destacan las realizadas por por Carlos Casares. Escritas desde el conocimiento personal de algunos de los más importantes protagonistas de la historia cultural de Galicia, sus *Curros Enríquez* (1980), *Vicente Risco* (1981), *R. Otero Pedrayo* (1981) y *R. Piñeiro* (1991) constituyen excelentes ejemplos de ensayo biográfico. Los trabajos literarios recientes se inclinan claramente del lado de la investigación académica, lo que hace difícil destacar alguno dentro del género “ensayo”.

La tradición heideggeriana comenzada en la *generación Galaxia*, tiene en F. Martínez Marzoa, autor de una extensa e importante obra en castellano, un infiel continuador. Continuador, porque la huella de Heidegger se deja notar incluso donde no aparece en ningún momento citado, como sucede en *Ensaïos marxistas* y *Reintroducción ó marxismo*, obras de finales de los setenta; infiel, porque el austero Heidegger de Marzoa poco tiene que ver con el vago aroma existencialista desprendido por el Heidegger que inspirara a los hombres de *Galaxia*.. En una línea parecida se enmarca *Ensaïos sobre Heidegger* (1997), de A. Leyte Coello, interesante indagación en el pensamiento del filósofo alemán. Ajenos a la idea de un “pensamiento gallego” —confuso rótulo que lo mismo sirve para un roto que para un descosido— o de una “filosofía gallega” —basada en un supuesta “estructura psicósomática” común al hombre gallego—, los excelentes trabajos de Marzoa y Leyte inauguran un ensayo filosófico en lengua gallega sin más pretensión que “contribuir desde el gallego a la filosofía”.

Marcado por su origen diferencialista y por el escaso hueco que le deja la investigación disciplinar publicada, el ensayo gallego actual pugna, no siempre con éxito, por encontrar su sitio en lo que se entiende debe de ser una cultura “homologada”. Pero la homologación se logra homologando, quiérese decir, escribiendo como si fuera verdad que existe una situación de normalidad, y escribir “como si” no siempre depende de la voluntad, del ingenio o de los estímulos materiales y simbólicos que impulsan la literatura y la investigación académica. Cierto que no hay prácticamente premios de ensayo, que las revistas ensayísticas no siempre resisten la presión academizante, que la poesía y la novela cuentan ya con algunos buenos críticos y que la crítica ensayística apenas existe. Pero todas esas carencias no lo serían si existiese un ensayo variado en cantidad y calidad. El resultado es, como la pescadilla que se muerde la cola, un ensayo precario para un lector casi inexistente.

Cabría preguntarse por los caminos que debe emprender el ensayo en el marco de las líneas arriba esbozadas. Podría, por ejemplo, pensarse que el camino de normalización canónica debe abrirse por el lado de la pluralidad temática, abandonando toda proclividad a la inspiración en el propio ser nacional. De ser correcto este análisis, el ensayo gallego apenas habría salido, en estos últimos veinte años, de su etapa inicial, ligeramente modificado con las aportaciones de la cultura disciplinar y con las voluntaristas obras de algunos francotiradores. Y algo de eso hay, en efecto. Pero sería igualmente posible interpretar esa tendencia no tanto como una incapacidad para pensar plural y libremente, sino como un síntoma de que el problema de la identidad no ha sido todavía resuelto. Que ello es así parece quedar de manifiesto incluso allí donde la identidad se matiza o cuestiona desde un ensayo que, lo quiera o no, presupone —aunque sea a la contra— una idea de nación. No debe, sin embargo preocupar que Galicia y lo gallego constituyan tema del ensayo, mientras ello no roce los límites de la autoalimentación. La identidad comunitaria siempre ha sido un tema preferente del ensayo. Véanse si no los momentos históricos en los que se escriben ciertas obras de Unamuno, de D’ors, de Fichte o de Toc-

queville; o los ensayos de E. Morin, de Finkelkraut y de Baudrillard sobre la cultura europea, escritos todos en un momento en que Europa se encuentra buscando su identidad. Escribir sobre la propia identidad puede ser, si ese fuese el problema, un modo entre otros de homologar.

El problema del ensayo en Galicia es, en efecto, homologar. Ello pasa, sin duda alguna, por articular una “sociedad civil” y una opinión pública dotadas de medios de expresión críticos y autocentrados. Pero no sólo por eso. Si homologar significa hablar las mismas palabras o, si se quiere, tener el mismo discurso que los países dotados de una tradición literaria consolidada, es posible que, hace tiempo y sin saberlo, todos, gallegos o no, estemos en camino de ser hablados por el mismo lenguaje. Cuenta Fustel de Coulanges que los latinos fundaban poblaciones alrededor de un agujero donde arrojaban tierra de cada uno de sus lugares de procedencia. A ese centro le llamaban “mundus”, y a lo fundado, ciudad. Entre el laberíntico saber especializado —opaco incluso para los propios especialistas— y la libérrima cháchara audiovisual, los desposeídos habitantes de la ciudad del saber moderno buscan un lenguaje y un criterio, una tierra y una brújula, una escala que puedan abarcar. Que lo vayan o no a conseguir no depende sólo del saber, de la crítica, de la nación, de la poesía, del ensayo, del periodismo o de la investigación; también depende de la *polis* que construyan, del plano que les guíe, del mundo que quieran habitar. Y ese es, también, un problema de identidad.